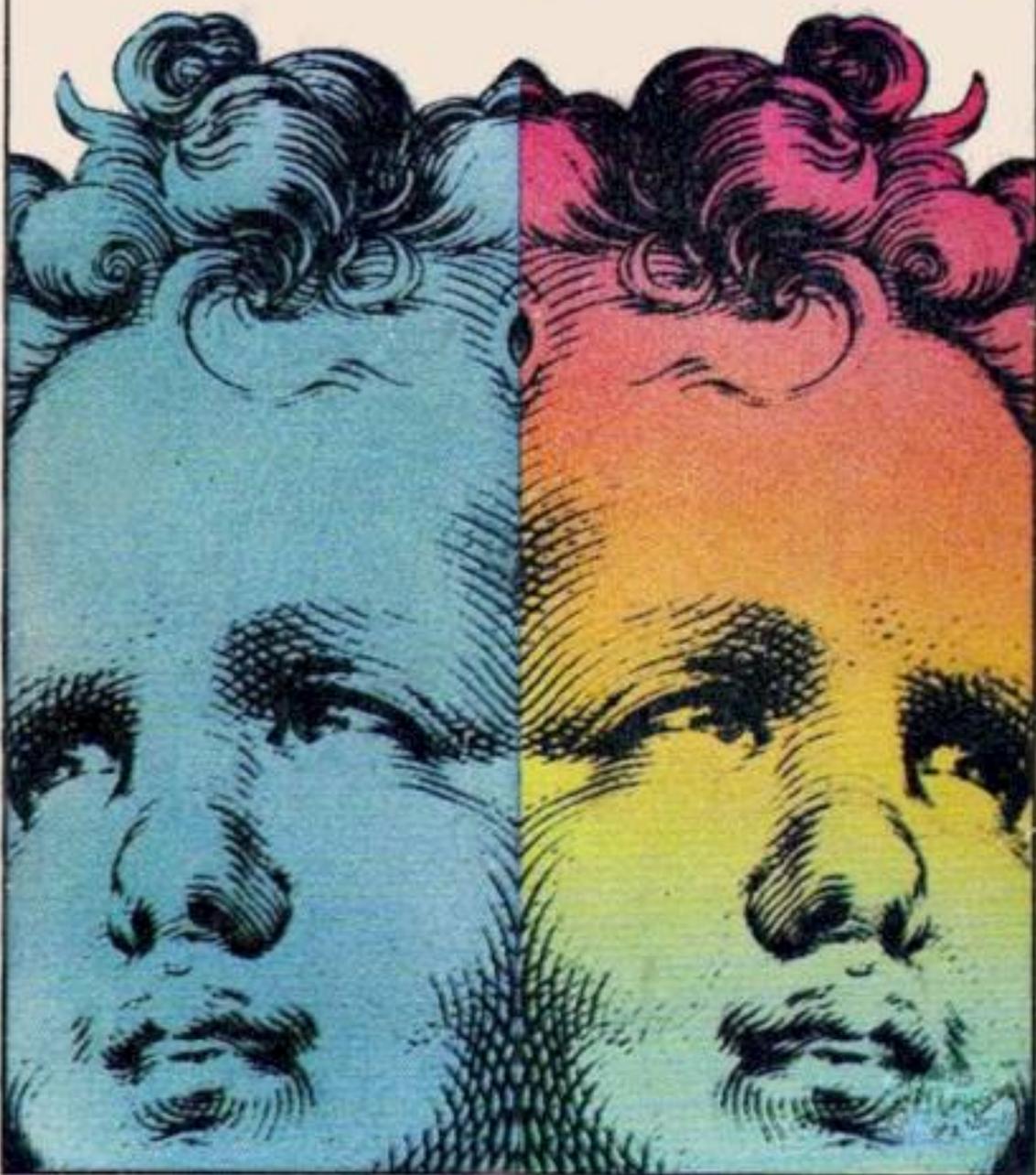


HERMANN HESSE

Narciso y Goldmundo



Narciso y Goldmundo, sin duda un libro fundamental de la literatura y el pensamiento contemporáneos en el que Hermann Hesse llega al punto culminante de su obra, narra la historia de dos personajes que encarnan aspectos esenciales «aparentemente opuestos» de la personalidad humana: el racional y el instintivo, lo consciente y lo emotivo, la ciencia y el arte.

Narciso encarna el rigor idealista, el espíritu ascético, la claridad; Goldmundo es el alma artística y errante atraída por el amor mundano y la pasión de vivir. Su enfrentamiento es una alegoría de los dos componentes básicos de la personalidad.

CAPÍTULO I

Ante la puerta de entrada del convento de Mariabronn — un arco de medio punto sustentado en pequeñas columnas geminadas— alzábase, en el mismo borde del camino, un castaño, solitario hijo del mediodía que un romero había traído en otro tiempo, árbol gallardo de robusto tronco. Su redonda copa pendía blandamente sobre el camino y aspiraba las brisas a pleno pulmón. Por la primavera, cuando todo era ya verde en derredor y hasta los nogales del convento ostentaban su rojizo follaje nuevo, aún demoraba buen trecho la aparición de sus hojas. En la época en que son más cortas las noches, hacía surgir de entre la fronda los pálidos rayos verdeclaros de sus extrañas flores, cuyo áspero olor evocaba recuerdos y oprimía. Y en octubre, recogida la uva y las otras frutas, caían de su copa amarillenta, al soplo del viento del otoño, los espinosos erizos, que no todos los años llegaban a madurez, y que los rapaces del convento se disputaban y el sub-prior Gregorio, oriundo de Italia, asaba en la chimenea de su celda. Exótico y tierno, el hermoso árbol mecía ante la puerta del convento su copa, huésped delicado y friolento venido de otras regiones, pariente secreto de las esbeltas y mellizas columnas de arenisca de la entrada y de los adornos, labrados en piedra, de ventanas, cornisas y pilares, amado de los italianos y otras gentes latinas, y pasmo, por extranjero, de los naturales del país.

Varias generaciones de alumnos del convento habían ya pasado bajo aquel árbol forastero: las pizarras bajo el brazo, parlotando, riendo, jugando, riñendo, según la esta-

ción descalzos o calzados y con una flor en la boca, una nuez entre los dientes o una bola de nieve en la mano. Constantemente llegaban nuevos muchachos; cada dos años las caras eran otras, en su mayoría parecidas, con pelo rubio y ensortijado. Algunos se quedaban allí, se hacían novicios, luego monjes, eran tonsurados, vestían hábito y cordón, leían libros, doctrinaban a los muchachos, envejecían, morían. Otros, terminados los estudios, regresaban a sus hogares, ora castillos nobiliarios ora moradas de comerciantes o artesanos, corrían por el mundo entregados a sus diversiones y quehaceres, quizá, ya hombres cabales, hacían alguna vez una visita al convento, llevaban a los frailes sus hijos pequeños para que recibieran enseñanza, permanecían un instante contemplando, sonrientes y pensativos, el viejo castaño y tornaban a desaparecer. En las celdas y salones del convento, entre los sólidos arcos semicirculares de las ventanas y las recias columnas geminadas de piedra roja, se vivía, se enseñaba, se estudiaba, se administraba, se gobernaba; muchas especies de artes y ciencias, sagradas y profanas, claras y recónditas se cultivaban en aquel lugar, y se transmitían de unas generaciones a otras. Los religiosos escribían y comentaban libros, ideaban sistemas, coleccionaban obras de los antiguos, hacían códices miniados, velaban por la fe del pueblo y se sonreían de ella. Erucción y piedad, candor y disimulo, sabiduría del Evangelio y sabiduría de los griegos, magia blanca y magia negra, todo florecía allí en mayor o menor grado, para todo había lugar. Había lugar tanto para la vida anacorética y la penitencia como para la sociabilidad y las comodidades; del carácter del abad que estuviese al frente y de las tendencias dominantes de la época dependía el que prevaleciera y predominara lo uno o lo otro. Unas veces el convento gozaba de renombre y era muy visitado por causa de sus exorcistas, otras por su música excelente, otras por algún santo varón que realizaba curaciones y prodigios, otras por sus sopas de lucio y sus pasteles de hígado de venado, cada

cosa en su tiempo. Y entre la grey de monjes y discípulos, de los devotos y los tibios, los que ayunaban y los que se regalaban, entre los muchos que allá iban, vivían y morían, siempre había alguno singular a quien todos querían o a quien todos temían, que parecía elegido y del que seguía hablándose largo tiempo, cuando sus contemporáneos habían caído ya en el olvido.

También ahora moraban en el convento de Mariabronn dos individuos singulares, el uno viejo y el otro joven. Todos los hermanos, cuya muchedumbre llenaba celdas, capillas y aulas, los conocían y tenían fija en ellos su atención. El viejo era el abad Daniel, y el joven, el educando Narciso, quién, aunque había comenzado el noviciado hacía poco, se le empleaba ya, debido a sus excepcionales dotes y pasando por alto la costumbre, como maestro, especialmente en griego. Los dos, el abad y el novicio, gozaban de gran prestigio en la casa y eran objeto de curiosa observación: se les admiraba y se les envidiaba, y, en secreto, se les censuraba también.

Los más profesaban afecto al abad. No tenía enemigos; era un hombre lleno de bondad, de sencillez, de humildad, únicamente los eruditos del convento mezclaban en su amor cierto desdén, pues el abad Daniel, aunque fuese un santo, un letrado ciertamente no lo era. Poseía esa simplicidad que es sabiduría, pero su latín era modesto y el griego lo desconocía por completo.

Esos pocos que, en algunas ocasiones, se sonreían de la candidez del abad, eran los que más entusiasmo sentían por Narciso, el niño prodigio, el apuesto jovencuelo, con su elegante griego, sus aristocráticos modales, su serena y penetrante mirada de pensador y sus labios finos, hermosos y enérgicos. Los espíritus cultos lo apreciaban por su maravilloso conocimiento de la lengua griega, la gran mayoría de sus compañeros lo amaba por su distinción y su nobleza, y muchos se habían prendado de él. Y el que fuera tan repo-

sado y contenido y tuviera tan cortesananas maneras desagradaba a algunos.

El abad y el novicio soportaban, cada cual a su modo, el destino de los elegidos, y también dominaban y sufrían cada cual a su modo. Sentían ambos mayor afinidad y atracción entre sí que respecto a todos los demás moradores del convento; y sin embargo ni solían reunirse a solas ni podían acostumbrarse a su mutua compañía. El abad trataba al joven con la mayor solicitud, con la mayor consideración; cuidábalo como a un hermano excepcional, frágil, quizá maduro antes de tiempo, quizás en peligro. El joven recibía todos los mandatos, consejos y alabanzas del abad con irreprochable actitud; jamás contradecía, jamás se malhumoraba; y si era exacto el juicio del abad de que no tenía más defecto que el orgullo, ese defecto sabía ocultarlo a maravilla. Nada podía decirse de él: era perfecto y superior a todos. Empero, fuera de los eruditos, tenía pocos amigos verdaderos; su distinción lo envolvía como en un aire helado.

—Narciso —díjole cierta vez el abad, luego de oírlo en confesión—: Yo me acuso de haber formado sobre ti un juicio severo. Te he tenido a menudo por orgulloso, lo que acaso sea injusto. Estás muy solo, joven hermano mío, vives aislado y, aunque no te faltan admiradores, careces de amigos. Quisiera tener motivo para censurarte en alguna ocasión mas no lo encuentro. Quisiera que fueses, de cuando en cuando, indócil, como suelen ser los muchachos de tu edad. Nunca lo eres. A veces me preocupas un poco, Narciso.

El joven abrió sus ojos oscuros y miró al anciano.

—Deseo con toda mi alma, reverendo padre, no causaros la menor preocupación. Quizá sea yo, en efecto, orgulloso, reverendo padre. Y os pido que me impongáis la consiguiente pena. Yo mismo siento a veces el deseo de castigarme. Enviadme a una ermita, padre, o bien mandadme realizar menesteres inferiores.

—Eres demasiado joven para lo uno y lo otro, hermano querido —dijo el abad—. Sin contar que, dada tu aptitud para las lenguas y tu talento, supondría despreciar esos dones que Dios te ha dado el que yo te encomendara menesteres inferiores. Es más que probable que llegues a ser maestro y erudito. ¿Por ventura no lo anhelas tú mismo?

—Perdonad, padre; no sé, en forma cabal, lo que deseo. Sin duda que siempre me proporcionarán gozo las ciencias; no podría ser de otro modo. Pero no creo que sean las ciencias, en el futuro, mi único campo de actividad. No son siempre los deseos los que determinan el destino y la misión de un hombre, sino otra cosa, algo predeterminado.

El abad escuchaba y se iba poniendo serio. Sin embargo, su viejo rostro se iluminó con una sonrisa cuando dijo:

—El conocimiento que he alcanzado a tener de los hombres, me lleva a pensar que todos nosotros, especialmente en la mocedad, propendemos un tanto a confundir la providencia con nuestros deseos. Y ya que crees conocer de antemano tu sino, quisiera que me dijese para qué te consideras llamado.

Narciso entornó sus ojos oscuros que desaparecieron bajo las largas pestañas negras. Permanecía callado.

—Habla, hijo mío —profirió admonitoriamente, tras prolongada espera, el abad. Y Narciso, la voz apagada, los ojos caídos, comenzó a hablar:

—Creo saber, reverendo padre, que estoy, ante todo, determinado para la vida del claustro. Estoy convencido de que seré monje, sacerdote, sub-prior y acaso abad. Y esto no lo creo porque lo desee. No son cargos lo que mi deseo busca. Pero los cargos me serán impuestos.

Los dos estuvieron callados un buen rato.

—¿Y por qué crees tal cosa? —preguntó con voz pausada el anciano—. ¿Qué cualidad tuya, aparte el saber, es la que se manifiesta en tal creencia?

—Es una cualidad —dijo Narciso lentamente— que consiste en sentir y darme cuenta de la índole y sino de las personas, no sólo de los míos sino también de los de los otros. Esa cualidad me obliga a servir a los demás, dominándolos. Si no hubiese nacido para la vida del claustro, tendría que ser juez u hombre de estado.

—Podiera ser —asintió el abad con la cabeza—. ¿Por ventura has experimentado en casos concretos ese don tuyo de conocer a los hombres y sus destinos?

—Ciertamente.

—¿Estarías dispuesto a señalarme algún ejemplo?

—Lo estoy.

—Perfectamente. Como yo no quisiera penetrar en los secretos de nuestros hermanos ni en lo que puedan saber, ¿querrías decirme lo que piensas saber sobre mí, sobre tu abad Daniel?

Narciso alzó los párpados y miró al abad en los ojos.

—¿Es una orden, reverendo padre?

—Sí, es una orden.

—Muy duro se me hace hablar, padre.

—También a mí se me hace duro, hermano, ordenarte que hables. Y lo hago. ¡Habla!

Narciso bajó la cabeza, y dijo musitando:

—Poco es lo que de vos sé, reverendo padre. Sé que sois un servidor de Dios a quien más placería apacentar cabras o tañer la esquila de una ermita y confesar a los labriegos que regir un gran convento. Sé que profesáis especial amor a Nuestra Señora la Madre de Dios y que es a ella a quien principalmente dirigís vuestros rezos. Unas veces rezáis porque las ciencias griegas y de otras especies que en este convento se cultivan jamás lleguen a acarrear confusión ni daño a las almas de vuestros subordinados. Otras veces rezáis porque no lleguéis a perder la paciencia con el sub-prior Gregorio. Y otras pedís un dulce final. Y yo estoy seguro que seréis oído y que tendréis una muerte tranquila.

Hízose el silencio en el pequeño gabinete del abad. Finalmente habló el anciano.

—Eres un iluso y tienes visiones —declaró en tono amistoso—. Y las visiones pías y amables pueden ser también engañosas; no te fíes de ellas como yo tampoco me fío... Dime, hermano iluso, ¿eres capaz de ver lo que en el fondo del corazón pienso sobre este asunto?

—Veo, padre, que vuestros pensamientos son sumamente benévolos. Pensáis lo siguiente: «Este joven corre cierto peligro, tiene visiones, tal vez ha meditado demasiado. Quizá deba ponerle una penitencia, no le hará mal. Pero la penitencia que le imponga la tomaré también sobre mí»... Esto es lo que hace poco pensabais.

El abad se levantó. Y sonriendo, hizo al novicio una inclinación con la cabeza para despedirse.

—Está bien —dijo—. No tomes tus visiones demasiado en serio, hermano; Dios nos exige algo más que tener visiones. Admitamos que has halagado a un viejo anunciándole una muerte tranquila. Y admitamos también que el viejo ha escuchado complacido un instante tal anuncio. Ya es bastante. Mañana, después de la misa del alba, rezarás un rosario; lo rezarás con humildad y recogimiento y no a la ligera, y yo haré lo mismo. Y ahora vete, Narciso; harto hemos hablado.

En otra ocasión, tuvo el abad Daniel que mediar entre el más joven de los padres maestros y Narciso que no se habían podido poner de acuerdo sobre cierto punto del plan de estudios. Narciso insistía con gran empeño en que se introdujeran ciertos cambios en la enseñanza y los justificaba con convincentes razones; mas el padre Lorenzo, llevado de una especie de celos, se negaba a aceptarlos. A cada conversación que sobre el tema sostenían, seguían días de desazonado silencio y de enfurruñe, hasta que Narciso, seguro de estar en lo cierto, tornaba a tocar el tema.

El padre Lorenzo terminó por decirle, un tanto ofendido:

—Vamos a poner término a esta disputa, Narciso. Bien sabes que es a mí a quien corresponde decidir y no a ti, porque tú no eres mi colega sino mi ayudante y tienes que someterte a mi criterio. Pero ya que la cuestión te parece de tanto momento y mi superioridad se debe a la jerarquía, y en modo alguno al saber y al talento, no quiero tomar yo la decisión sino que llevaremos el asunto al padre abad y que él resuelva.

Así lo hicieron. Y el abad Daniel escuchó con paciencia y amabilidad la disputa de los dos letrados sobre la manera como debía enseñarse la gramática. Luego que cada cual hubo expuesto y fundamentado con todo detalle sus puntos de vista, el anciano los miró con expresión bienhumorada, meneó un poco la encanecida cabeza y dijo:

—Sobrado sabéis, mis amados hermanos, que de esas cosas entiendo menos que vosotros. Narciso merece elogio por tomarse tanto interés por la escuela y querer mejorar el plan de estudios. Pero si su superior es de otro parecer, Narciso no tiene más remedio que callarse y obedecer, pues el mantenimiento del orden y la disciplina en esta casa vale más que todas las reformas escolares. Tengo que censurar a Narciso por no haber sabido ceder. Y, por lo demás, jóvenes eruditos, hago votos por que nunca os falten superiores menos inteligentes que vosotros; nada hay mejor contra el orgullo.

Y con esta bondadosa agudeza los despidió. Pero en los días siguientes no dejó de observarlos para ver si entre ellos volvía a haber paz y armonía.

Una nueva cara hizo por entonces su aparición en el convento, que tantas veía ir y venir, y aquella nueva cara no era de las que pasaban inadvertidas y se olvidaban pronto. Tratábase de un mozo a quien su padre había hecho inscribir hacía tiempo y que llegó un día de primavera para seguir estudios en el colegio conventual. Apenas el muchacho y su padre ataron los caballos al tronco del castaño,

salió por la puerta del convento, a su encuentro, el hermano portero.

El joven alzó la mirada hacia el árbol, que mostraba aún la desnudez del invierno.

—Nunca vi un árbol como éste —dijo—. Es hermoso, admirable. Me gustaría saber qué nombre tiene.

El padre, hombre entrado en años, de rostro cuidado y un tanto amargado, no hizo el menor caso de las palabras del jovenzuelo. Pero el portero, a quien el garzón cayó en gracia desde el primer momento, satisfizo su curiosidad. Él se lo agradeció gentilmente, le tendió la mano y le dijo:

—Me llamo Goldmundo y vengo a estudiar en la escuela.

El hermano, luego de dirigirle una sonrisa, condujo a los recién llegados a través de la puerta principal, y subió con ellos la ancha escalera de piedra. Goldmundo entraba en el convento sin el menor temor, seguro de haber encontrado ya en aquel lugar dos seres de quienes podía hacerse amigo: el árbol y el portero.

Los forasteros fueron recibidos primeramente por el padre regente, y al anochecer los recibió también el abad. En ambas entrevistas, el padre de Goldmundo, funcionario imperial, presentó a su hijo y fue invitado a quedarse unos días como huésped de la casa. Sin embargo, sólo hizo uso por una noche de la hospitalidad que se le ofrecía, alegando tener que regresar al día siguiente. Ofreció al convento uno de sus dos caballos y el regalo fue aceptado. La conversación con los religiosos discurió cortés y fría; pero tanto el abad como el padre regente miraban con gran complacencia a Goldmundo, que permanecía respetuosamente callado; desde el primer momento sintieron simpatía por aquel joven hermoso y tierno. Al día siguiente, vieron partir al padre sin el menor pesar, y muy contentos se quedaron con el hijo. Goldmundo fue presentado a los maestros, y se le dio una cama en el dormitorio de los escolares. Reverente y entristecido, se despidió de su padre y permaneció sin

moverse del sitio, siguiéndolo con la mirada, hasta que hubo desaparecido por la angosta puerta arqueada del patio exterior, entre el granero y el molino. Una lágrima pendía de sus largas pestañas rubias cuando se volvió; y entonces se le acercó el portero y le dio un amable golpecillo en el hombro.

—No te pongas triste, señorín —díjole en tono de consuelo—. Los más de los que aquí llegan sienten al comienzo una miaja de morriña, del padre, de la madre, de los hermanos. Pero pronto verás que aquí no se pasa mal, en modo alguno.

—Gracias, hermano portero —profirió el mozo—. No tengo ni hermanos ni madre; sólo padre.

En tal caso, encontrarás aquí camaradas y sabiduría y música y juegos nuevos que no conoces, y otras mil cosas, ya verás. Cuando necesites estar con alguien que te quiera bien, ven junto a mí.

Goldmundo le dirigió una sonrisa.

—¡Oh gracias, muchas gracias! Si deseáis proporcionarme ya una alegría, llevadme sin demora junto al caballo que dejó mi padre. Quisiera saludarlo y ver cómo se encuentra.

El portero lo condujo incontinenti a la cuadra que estaba junto al granero. Percibíase allí, en medio de la tibia penumbra, un penetrante olor a caballo, a estiércol y a cebada. Junto a uno de los pesebres, Goldmundo descubrió al caballo zaino que le había traído. El animal le reconoció en seguida y alargó hacia él la cabeza. El muchacho le echó los brazos al cuello, apretó la mejilla contra aquella ancha frente moteada de blanco y, acariciándolo tiernamente, le susurró al oído:

—¡Hola, mi Careto valiente, mi caballito lindo! ¿Cómo te va? ¿Me sigues queriendo? ¿Te dan bien de comer? ¿Te acuerdas mucho de casa? ¡Qué bien, mi trotoncillo, mi Carretilo, que te hayas quedado aquí conmigo! He de venir muchas veces a tu lado, para estar contigo, para verte.

Y extrayendo de la bocamanga un trozo del pan del desayuno, que había apartado, se lo dio a comer en pedacitos. Luego se despidió de él y siguió al portero hasta el patio, que era tan grande como la plaza del mercado de una gran ciudad y estaba poblado parcialmente de tilos. En la entrada interior dio gracias al portero y le tendió la mano; y en seguida advirtió que ya se había olvidado del camino para ir a su aula que el día anterior le habían enseñado. Soltó una breve risa, se sonrojó y suplicó al portero que lo llevara allá, lo que él hizo de buen grado. Instantes después entraba en la clase. En los bancos hallábanse sentados hasta una docena de muchachos, y el ayudante Narciso se volvió.

—Soy Goldmundo —dijo—, el nuevo alumno.

Narciso lo saludó con pocas palabras, sin sonreírse, le indicó un lugar en el último banco y prosiguió su tarea.

Goldmundo se sentó. Sorprendióle encontrarse con un maestro tan joven, apenas unos años mayor que él, y también le sorprendió y le alegró sobremanera el que fuese tan apuesto, tan distinguido, tan serio y, a la vez, tan atrayente y encantador. El portero se le había mostrado muy atento, el abad lo había recibido afectuosamente, allá en la cuadra estaba Careto, que era un pedacito de la patria; ¡Y hete ahora aquí este maestro asombrosamente joven, grave como un erudito y delicado como un príncipe, y con esta voz serena, reposada, mesurada, cautivadora! Escuchaba complacido lo que allí se decía, aunque no lo comprendiera desde el primer momento. Sentíase feliz. Había venido a dar en medio de unos hombres excelentes, amables, y estaba decidido a amarlos y a buscar su amistad. Por la mañana, cuando se encontraba en el lecho, luego de despertarse, había notado una opresión, y que aún no había desaparecido el cansancio del largo viaje; y al despedirse de su padre, había tenido que llorar un poco. Pero ahora habían desaparecido esas murrias, estaba contento. Contemplaba una y otra vez, y largamente, al joven profesor, recreándose

en su porte erguido y esbelto, sus ojos de brillar frío, sus labios enérgicos que formaban las sílabas con claridad y firmeza, su voz alada, infatigable.

Mas cuando hubo terminado la clase y los discípulos se levantaron ruidosamente de sus asientos, Goldmundo dió un respingo y advirtió, un tanto avergonzado, que había estado durmiendo un buen rato. Y no fue él sólo quien lo advirtió, sino también sus compañeros de banco, que lo comunicaron por lo bajo a los demás. Y apenas el joven profesor abandonó el aula, los discípulos se lanzaron sobre Goldmundo, dándole tirones y empujadas de todos lados.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó uno riéndose burlonamente.

—¡Magnífico alumno! —soltó otro con mofa—. No hay duda que llegará a ser una lumbrera. Marmotea ya en la primera lección.

—Metamos en la cama al pequeñuelo —propuso otro. Y le agarraron por los brazos y las piernas para llevárselo entre risas.

El sobresalto que ello produjo a Goldmundo se convirtió en iracundia. Repartió cachetes a su alrededor, intentó desembarazarse, recibió varios golpes y, al cabo, lo dejaron; sólo uno le seguía sujetando un pie. De un fuerte tirón logró soltarse de éste y se abalanzó sobre el más vigoroso, que le hizo frente y se enzarzó con él en furiosa pelea. Su adversario era un sujeto fornido; todos los presentes contemplaban la lucha con gran emoción. Como Goldmundo no era vencido y conseguía asestar algunos buenos puñetazos al forzado, empezó a ganarse amigos entre los camaradas, antes que conociera el nombre de ninguno. Pero, de pronto, todos se largaron de allí atropelladamente; y apenas desapareció el último entró el padre Martín, el regente, quien se detuvo delante del muchacho, que se había quedado solo. Sorprendido, contemplaba al joven, cuyos ojos azules tenían un mirar desconcertado en aquel rostro congestionado y un tanto maltrecho.

—¿Qué te ha sucedido? —le preguntó— ¿Tú eres Goldmundo, verdad? ¿Te han hecho algo esos picaros?

—No, no —dijo el mozo—. Ya le ajusté las cuentas.

—¿A quién?

—No sé. No conozco aún a ninguno. Uno de ellos se peleó conmigo.

—¿Ah sí? ¿Fue él quien empezó?

—No lo sé. No, creo que fui yo mismo el que empezó. Quisieron burlarse de mí y me enojé.

—¡Bien empiezas, hijo mío! Te advierto, pues, que si te vuelves a pelear aquí en el aula serás castigado. Y ahora a tomar la merienda. ¡Andando!

El padre, sonriendo, lo siguió con la mirada. Iba avergonzado y, mientras caminaba, trataba de peinarse con los dedos el rubio y revuelto cabello.

El propio Goldmundo reconocía que el primer acto de su vida en el convento había sido en extremo grosero y desatinado; y, harto arrepentido, buscó y encontró en la merienda a sus condiscípulos. Fue acogido con toda consideración y cordialidad, se reconcilió caballerosamente con sus enemigos y, desde aquel instante, se sintió plenamente aceptado en el grupo.